

Discurso del Papa en Pavía

*Excelentísimo Señor,
Señor Alcalde,
Distinguidas Autoridades,*

Queridos Hermanos y Hermanas:

Les agradezco su cálida bienvenida y sus amables palabras. A través del Obispo y del Alcalde, Pavía se presenta, dando voz a la belleza de su ciudad. Es una belleza exigente, pues representa el valioso legado de un pasado que se convierte en un compromiso para el presente. La ciudad es, en efecto, un don y un deber para quienes la habitan: desde esta plaza todos lo comprendemos, al ver cómo la vida de sus ciudadanos se refleja en los edificios y piedras que la rodean.

Nos encontramos entre monumentos que hablan de ustedes y, por lo tanto, les hablan. Me refiero no solo a los antiguos, sino también a hogares, escuelas, universidades, hospitales y centros parroquiales. Todos son lugares significativos, estructuras con significado propio que demuestran hospitalidad, educación y cultura. En sus diferentes formas, reflejan el mismo cuidado por el individuo en la comunidad, con su dignidad y valores, aquellos que nos unen como pueblo y que constituyen, además, el fundamento de la Constitución italiana.

*Al pasear por el centro histórico de **Pavía**, las calles y plazas destilan una belleza impregnada de historia, no superficial. Esta es una característica de las ciudades europeas: si bien reconocemos en ellas el ingenio y el espíritu cívico de quienes las construyeron, comprendemos cómo el valor del tejido urbano sustenta su vida cotidiana y el papel específico que cada una desempeña a nivel nacional e internacional.*

El nombre «ciudad», del latín civitas, no solo indica un lugar, sino también una condición humana: la ciudad es para todos, singular y plural. Las personas que la habitan constituyen una sociedad, es decir, un organismo que debe estar bien ordenado en sus relaciones y leyes. Ser social significa ser solidario, comportarse como verdaderos socios: motivados por el bien común y no por intereses partidistas. ¡Los ciudadanos son siempre conciudadanos! En efecto, el órgano democrático que vela por la ciudad y promueve el bienestar de sus habitantes se llama «Municipio».

Dado que la ciudadanía es responsable del espacio público, ante los desafíos actuales, preguntémosnos qué fortalece y qué debilita nuestros hogares; preguntémosnos qué estabiliza y qué perjudica nuestra sociedad. De lo contrario, lo que pertenece a todos corre el riesgo de perderlo: cuando la indiferencia parece desintegrar nuestra comunidad, debemos renovar la participación activa de todos en la vida de la ciudad. Frente a la degradación y el analfabetismo cívico, estamos llamados a compartir lenguajes de dedicación y servicio que preserven plazas, parques y calles como espacios de encuentro por excelencia. Esta buena ciudadanía sabe cultivar la armonía mediante el diálogo y los encuentros constructivos entre las personas y las culturas que dan vida a Pavía.

Hoy, los invito a repetirse: ¡Me importa nuestra ciudad! Me importa la salud de quienes me rodean, me importa la belleza del lugar donde vivo, me importa la calidad de vida en los alrededores. Los lugares donde trabajo y disfruto de mi tiempo libre. Me interesa esta fértil llanura, donde cada campo y cada acequia conservan las huellas del paciente trabajo de

quienes, durante siglos, han escuchado el ritmo de la creación, sintiéndose en armonía con la naturaleza.

El cultivo de la tierra refleja la promoción de la cultura, que encuentra en Pavía un modelo particularmente idóneo. Recordando su ilustre tradición académica, pienso especialmente en los jóvenes y estudiantes que asisten a la universidad de la ciudad. En este centro cultural, experimentan no una mera acumulación de conocimientos, sino un sistema capaz de formar individuos sin especular sobre su trabajo. Promover las ciencias, en realidad, significa promover la humanidad, que siempre debe ser protagonista de su propia investigación.

Desde esta perspectiva, toda forma de conocimiento corresponde a una forma de cuidado: así como la medicina atiende al cuerpo humano, la jurisprudencia se ocupa del cuerpo social y la filosofía considera el pensamiento, del cual la humanidad desarrolla todas sus artes. Todo lo que aprendemos sobre el mundo nos ayuda a comprendernos a nosotros mismos y nos lleva a cuestionar nuestra existencia de nuevo, sedientos de verdad y justicia. Esta sed llenaba el alma de San Agustín, ejemplo de la sana inquietud que agita a quienes investigan, estudian y educan. Su figura, al encarnar el arduo y constante diálogo entre fe y razón, da testimonio de su mutua pertenencia.

En efecto, no se puede creer sin pensar, ni es posible iluminar las más elevadas cuestiones de la razón sin fe. Con esta apertura confiada, la razón humana pregunta y planifica: no se encierra en la lógica del lucro o la dominación, sino que descubre nuevas formas de cuidarse a sí misma y al mundo. En la medida en que creemos, los seres humanos no nos resignamos al final, a un fragmento de la historia que termina con la muerte: la fe misma nos recuerda que no somos sujetos de un destino anónimo, sino que sostiene la certeza de que Dios es el creador y salvador de la vida.

En este sentido, incluso en la ciudad de Pavía, la Iglesia actúa como un seno que acoge a todos, generando una nueva humanidad. Aún hoy, la institución más antigua de la ciudad está llamada a evangelizar ante todo, como hogar de fe y casa de caridad al servicio de los más jóvenes, los más pobres, los más solitarios y los ancianos, involucrando en este cuidado de la humanidad a todas las fuerzas voluntarias, a quienes expreso mi estima y gratitud.

Gracias a su compromiso, Pavía prospera, no solo en bienes, sino también en virtud: ¡honrar siempre la dignidad de toda vida humana! La cruz, que figura en el escudo de armas de su ciudad, es mucho más que un símbolo heráldico; es una síntesis cultural: nos recuerda que la historia de Pavía se fundamenta en el valor universal del amor cristiano; y es una historia que se escribe juntos, ejercitando la memoria creativa en el entendimiento entre ciudadanos y asociaciones, entre la Iglesia y los organismos públicos, entre generaciones y culturas. Queridos hermanos y hermanas, al invitarlos a cada uno de ustedes a dar lo mejor de sí para el bien común, les imparto cordialmente mi bendición a ustedes, a sus hogares y a sus familias. ¡Gracias!